

# "Juan Varela"

La primera edición de "Vida y dolores de Juan Varela", breve novela de Adolfo Herrera García, fue publicada en 1939. Aunque relegada a segundo plano por otras obras, posteriores (en especial las del vigoroso Carlos Luis Fallas), tiene la importancia histórica de haber iniciado en nuestro país la literatura "comprometida". Claro está que —como bien apunta don Abelardo Bonilla, en su "Historia de la literatura costarricense"—, la primera manifestación de la novela de tema social la constituyó "Las hijas del campo", de Joaquín García Monge. Además, en los breves cuadros que componen la mejor obra de don Joaquín ("La mala sombra y otros sucesos"), hay un afán por profundizar en el modo de ser del campesino, y un enfoque realista de su miseria. (La historia de Proceso, no parece ser un antecedente de la de Juan Varela?). Pero si se toma en cuenta que el gran desarrollo de la literatura comprometida en Costa Rica se llevó a cabo en la quinta década de nuestro siglo, no queda más camino que pensar en que el definitivo punto de apoyo para el despegue lo constituyó la obra de Herrera García.

"Juan Varela" (tal es la forma en que quedó posteriormente el título de la primera edición), presenta, a lo largo de siete capítulos, la historia del derumbe de la existencia del personaje que le da su nombre. La novela se inicia con la transcripción del documento judicial que le otorga a Juan Varela Conejo "veinte hectáreas de tierra baldía", y finaliza cuando al protagonista, encerrado en San Lucas, le llega la noticia de que su hijo mayor ha muerto y de que su mujer, Ana, con los otros dos niños, se ha ido con una nica para los bananales de Parrita.

Para el desarrollo del argumento, cada capítulo consta de varios "cuadros", que a veces son brevísimos, y que desempeñan, en general, una función semejante a la de las secuencias cinematográficas. Pueden ser sencillísimos, o bien cuadros en que el autor —narrador omnisciente— presenta no sólo los hechos sino también los estados de ánimo, las aspiraciones de los personajes, o se detiene en la contemplación del paisaje. Hay un hecho central, hacia el que se dirigen todos los anteriores, y del cual parten todos los que llevan hacia el final de la obra. Este hecho, presentado en una retrospectiva, en el capítulo cuarto, es el de la pérdida de la propiedad de la finca, que Juan experimenta al tiempo de haberla hipotecado.

En realidad, en los dos primeros capítulos, al insistir en las aspiraciones y en los esfuerzos del hombre por hacer que la tierra produzca, lo que el escritor hace es preparar el terreno para que lo que va a presentar después tenga más efecto en el lector. Es en el tercer capítulo donde se empieza a ver la intención combativa del novelista. En la presentación de don Remigio hay una mezcla de ironía y repulsión. Este es el comerciante inescrupuloso, que actúa como intermediario y se queda con la ganancia. Siempre tiene argumentos a su favor y es el que con menos esfuerzo obtiene más ventaja de la venta de la producción agrícola. Otro factor que interviene notablemente en lo que le ocurre a Juan es la concepción de la banca como un simple medio de obtener ganancias y no como un instrumento de servicio a la sociedad. Una visión deshumanizada y corrompida de la economía es la responsable de que



Eliécer Venegas

el protagonista pase de propietario a asalariado y después a delincuente.

Cuando Juan Varela pierde su finca, el autor tiene oportunidad de manifestar el punto central de su tesis: la crítica del acaparamiento de tierras: ("Las cercas de los grandes latifundios con su alambre de púas"... "La tragedia del acaparamiento se agitaba más aún en la vida de los peones viejos", dice en la página 66 de la tercera edición, de la cual tomo las citas). Don Abelardo Bonilla, en su obra mencionada, hablando acerca de esta novela, dice: "Su tesis colectivista es absurda". Yo diría que en primer lugar, es confusa. Es innegable que en "Juan Varela" hay un trasfondo marxista y determinista aportado por el marxismo del autor. Pero, cuando éste toma las cercas como puntos de apoyo para decir lo que quiere, acaba por decirlo mal. Me parece que cualquier distributista inglés aceptaría sin muchas dificultades esta narración como una defensa de la propiedad privada individual. La novela de Herrera García enfoca con acierto no sólo algunas de las causas de la paulatina desaparición de la pequeña propiedad, sino algunas de las consecuencias que este hecho tiene para el desarrollo de las personas. La miseria, la inseguridad, la decadencia de la energía espiritual andan juntas, y son verdaderas consecuencias de la pérdida de la propiedad. Claro está, por divertido que sea, no me voy a imaginar a Herrera García expresando intencionalmente el grito de batalla de los distributistas: "No Liberty without Property". A mi modo de ver, lo que le ocurre al autor es que se puso a contar una historia demasiado centrada en lo individual, y luego no pudo dar el salto hacia una inquietud colectivista bien planteada. Al fin de cuentas, en el fondo de cualquier costarricense, por muy marxista, o lo que quiera, que diga ser, lo que hay es un individualista. Pero aún, yo diría que hay un anarquista. Y los escritores marxistas no son la excepción.

No sólo la falta de firmeza ideológica (en relación con lo que uno podía haber esperado) se manifiesta en esta obra. "Juan Varela" es un producto de inmadurez, si bien con aciertos innegables. Entre estos, no se pueden hacer a un lado los que se refieren a la expresión (uno se encuentra, por ejemplo, con metáforas y símiles sorprendentemente logrados, y con el sentido de la modulación que le impide al autor escribir los diálogos empleando esa forma de corrupción del lenguaje que es tan corriente en quienes tratan de imitar el habla de los campesinos: solamente en algunos casos el novelista transcribe la forma oral del vocablo: "¿tantiemos?", "¿pelidoro?",...). Sin embargo, en este mismo campo se dan las caídas en lo artificioso. Así, el autor pone a Juan Varela a decir: "Los alambres de las cercas son los hilos telegráficos que transmiten a los hombres el mensaje de las supremas injusticias". Puestas en boca de un campesino, estas palabras no pueden menos que dejar turulado a cualquiera que haya oído hablar a nuestros hombres del campo. Si el escritor las hubiera puesto en francés, pongamos por caso, hubieran quedado igualmente irreales. ¡Lastima!

Por otra parte, hay que apuntar (aunque casi es innecesario porque ello es moneda de uso corriente en la literatura de nuestro país) la inseguridad en el empleo de ciertas palabras, cuyo fruto es la impropiedad: el autor usa el vocablo sin tomarse la molestia de averiguar el sentido correcto (cuando dice: "El, que limpió el breñal, hozó la tierra..."), Pág. 46, no creo que se pueda alegar que el término subrayado corresponda a una figura retórica). En fin, ya conocemos la fobia de los ticos por los diccionarios.

Uno de los resbalones más grandes lo dio el novelista en cuanto a la cronología. Hay en la obra dos documentos que nos sirven para ver este asunto: el de denuncia, que lleva la fecha de 29 de enero de 1935, y el de la hipoteca, fechado el 14 de febrero de 1937. Dos años, como se ve, van del uno al otro. Sin embargo, en ese lapso acomoda Herrera García una cantidad de hechos que ocupan un espacio de tiempo mucho mayor. Veamos algunos ejemplos: Eduardo nace en diciembre de 1935. ("En diciembre retonó Ana", Pág. 24); en diciembre de 1936 "el vientre de Ana volvió a hinchar en concepción bendita" (Pág. 26). Y la niña nace antes que comiencen los problemas para Juan, que se supone que llenan un periodo largo antes del préstamo del banco. Observemos además que en la página 29 se dice: "Era el cuarto abril". ¿Qué les ha pasado a los dos años que hay entre los dos documentos? Por otra parte, da "entre risa y tristeza", como en el romance de don Arturo Agüero, ver a Juan Varela preocupado por que Eduardo aprenda a leer (Eduardo, nacido en..., etcétera).

El novelista colocó los mojones que le hacían falta para el desarrollo de la narración. Pero, como autor inexperto que era, se dejó llevar por la tentación de sustituir lo narrativo por lo poético, o bien le faltó la imaginación (Ortega y Gasset escribió que todo español es un hombre sin imaginación, y seguramente en nuestros cromosomas viene ese defecto) para obtener una trama suficientemente vívida y rica; la obra termina por ser demasiado esquemática. Y además, le falta profundidad en la visión de los personajes; Herrera se asoma al abismo que es la persona humana.